

PARTE PRIMERA

GUÍA PARA ENTENDER LA GUERRA

ANTES de entrar en la narración de los aspectos puramente militares conviene que exponamos algunos factores decisivos en la génesis y desenlace de la guerra al sur de los Pirineos, entre el otoño de 1807, por lo que se refiere a Portugal, y la primavera de 1808, en el caso español, hasta 1814.

I. La crisis de la monarquía española

Los dos países ibéricos se enfrentaban, aun con sus importantes diferencias, a una circunstancia común. Uno y otro veían sobrepasada su capacidad para controlar la parte americana de sus monarquías frente a las aspiraciones de otras potencias. Debían subordinarse a Inglaterra o a Francia en un contexto de conflicto inevitable. La intervención napoleónica en España, desde sus orígenes hasta el final, vendría marcada por la crisis política e institucional que atravesó nuestro país, entre octubre de 1807 y marzo de 1808. En ella se consumaría la caída de Carlos IV y su valido Godoy, la proclamación de Fernando VII como rey, pero también la definitiva intromisión del Emperador en los asuntos de España y el desplazamiento de la Casa de Borbón, con José I como nuevo rey. Un proceso que derivaría en la guerra de la que trataremos.

Los primeros compases: El Escorial-Aranjuez, dos golpes de Estado con distinto desenlace

En El Escorial y Aranjuez se escenificaron dos golpes de Estado que jalonaron, como hitos más sobresalientes, las luchas intestinas de la Corte

española. El segundo, saldado con éxito para sus promotores, acabó marcado por la entrada de los franceses en Madrid y el posterior viaje de Fernando VII y Carlos IV a Bayona. En aquella infausta deriva de la monarquía borbónica el momento decisivo sería el del levantamiento de los madrileños, que acabaría provocando la insurrección general contra Napoleón.

A comienzos de 1807 se daban las circunstancias precisas para que Napoleón acentuara su presión sobre la Corte española. Los coqueteos que Godoy había intentado con los británicos unos meses antes y las actividades del «partido inglés» habían incrementado las suspicacias del Emperador hacia lo que ocurría al sur de los Pirineos. La pugna entre el príncipe Fernando y Godoy le ofrecía una buena oportunidad para intervenir en los asuntos de España. Además, en noviembre de 1806, en un decreto dado en Berlín, había anunciado las bases del llamado «sistema continental», en el cual la Península Ibérica constituía una pieza clave.

Napoleón intensificó su participación en los enredos cortesanos españoles poco después de la llegada a Madrid de su nuevo embajador, Mr. de Beauharnais, desde finales de 1806, quien, muy pronto, penetró en el círculo del príncipe de Asturias. El instrumento para sus maniobras fue el clérigo Juan Escoiquiz, antiguo preceptor del heredero de la Corona, quien, apoyado directamente por otros personajes del entorno fernandino (Juan Manuel de Villena y Pedro Giraldo), inició los contactos con el embajador francés contando con la anuencia de nombres de muy diversa importancia como Infantado, San Carlos, Ayerbe, Orgaz, González Manrique, Collado, Selgas, etcétera. La finalidad de los tratos venía a ser la búsqueda de una alianza secreta entre el Emperador y el príncipe de Asturias, basada en el matrimonio de éste con una princesa de la familia Bonaparte. Por tal medio don Fernando pensaba conseguir el apoyo de Napoleón para desplazar a Godoy y asegurarse un rápido acceso al Trono. El Emperador pretendía así acentuar la división en el seno de la familia real española y afianzar su influencia para convertirse en árbitro de la situación. Tras los acuerdos con Rusia en Tilsit, el 8 de julio de 1807, Napoleón creía llegado el momento de «poner orden» en la Península. A este fin ordenó, el 29 de julio, la formación de un ejército de veinticinco mil hombres, cuya reunión, en Bayona, comenzaría en agosto bajo el nombre de Cuerpo de Observación de los Pirineos.

Los franceses, buscando una excusa a la intervención que proyectaban, y apoyados más o menos voluntariamente por los españoles, exigie-

ron al príncipe regente de Portugal que rompiese sus relaciones con Inglaterra, uniese su escuadra a las del bando antibritánico, confiscase las mercancías de procedencia inglesa y detuviese a los súbditos de esta nacionalidad que se hallaran en tierras portuguesas. De poco sirvieron las componendas buscadas desde Lisboa, con el beneplácito de Londres, para evitar el conflicto. La intransigencia de París, demandando el cumplimiento inmediato de todas las cláusulas del *ultimatum* franco-español, acabaría forzando la solución armada que Napoleón deseaba.

En Fontainebleau, donde se encontraba reunida la corte imperial desde el 21 de septiembre, el Emperador impuso un acuerdo a la corte de Madrid para la ocupación y el reparto del territorio portugués. Pero el 18 de octubre de 1807, nueve días antes de que se hubiera firmado el Tratado hispano-francés de Fontainebleau, la primera división francesa (Delaborde) del I Cuerpo de Observación de la Gironda (Junot) atravesaba el Bidasoa hacia el sur. A continuación entró en España el resto de aquel ejército. La 2.^a división (Loison) y la 3.^a (Travot), más la caballería (Kellerman) emprendieron también el camino de Burgos y Valladolid hacia Salamanca con destino a Lisboa. Con aquellos veinticinco mil hombres, que en principio serían acogidos favorablemente, se iniciaba la invasión de la Península.

Los franceses avanzaron con rapidez por la meseta norte en dirección a la «raya» hispano-portuguesa. El 12 de noviembre Junot salió de Salamanca a fin de reunirse en Alcántara con parte de las fuerzas, mandadas por don Juan Carrafa, que debían colaborar en el sometimiento de Portugal. Algunas de esas unidades acabarían ocupando Coimbra y Oporto. Casi a la vez, otras tropas españolas entraban en tierras lusas por Galicia, bajo el mando de don Francisco Taranco, y por Badajoz, a las órdenes de don Francisco María Solano (marqués del Socorro), que ocuparía Yélbres. Junot pasó la «raya» por Segura hacia Castelo Branco y el 23 de noviembre estaba en Abrantes. La corte portuguesa salió para Brasil con la protección de la armada británica. El 30 de noviembre de 1807 entraban los franceses en Lisboa, sin haber encontrado resistencia.

Entre tanto, el príncipe de Asturias, retirado en El Escorial, había dado sospechosas muestras de descontento y de crítica hacia lo que sucedía en la corte de su padre. Los rumores sobre sus actividades llegaron a oídos de la reina, de Carlos IV y de Godoy. Para indagar lo que estaba pasando se ordenó registrar las dependencias de don Fernando y la in-

cautación de sus papeles. El 29 de octubre el príncipe de Asturias fue interrogado por algunos ministros y por don Antonio Arias Mon, gobernador interino del Consejo de Castilla. A la vista de los hechos descubiertos, el propio Rey procedió al arresto de su hijo.

Carlos IV escribió a Napoleón para informarle de la situación creada por tales acontecimientos, los cuales describía con tintes muy severos, calificándolos como «enormes crímenes», hasta el punto de que se mostraba decidido a modificar el orden de sucesión al Trono, de manera que alguno de sus otros hijos viniera a sustituir a don Fernando. En tales circunstancias, Bonaparte podía permitirse no sólo introducir tropas a su antojo en la Península sino que, como esperaba, se había convertido en el referente inexcusable en la evolución de la crisis de la monarquía española. El príncipe de Asturias declaró, a petición suya ante el ministro de Gracia y Justicia, sus iniciativas cerca del Emperador para deshacerse de Godoy y ocupar el Trono y haber encargado al duque del Infantado que tomase el mando de Castilla la Nueva en el momento en que falleciera Carlos IV (supuestamente a consecuencia de la conspiración tramada para entronizar a don Fernando). Más aun, completó su «confesión» denunciando a Escoiquiz y al resto de los conjurados. El príncipe de Asturias saldría indemne de tan gravísimo trance debido, precisamente, a su relación con Napoleón, pues asustado el entorno de Carlos IV por la posible implicación del Emperador, el procedimiento contra don Fernando quedó paralizado.

Godoy, ante el sesgo que tomaba el problema, trató de presentarse como el mediador que había logrado restablecer la armonía familiar y política en aquella turbulenta Corte, pero «el público —escribía el conde de Toreno— aunque no enterado a fondo, echaba a mala parte la solícita mediación del “privado”, y el odio hacia su persona, en vez de mitigarse, tomó nuevo incremento». Algo parecido aseguraba M. Agustín Príncipe, para quien

[...] el proceso de El Escorial extravió lastimosamente la opinión pública. Perdonado el príncipe heredero a los cinco días de haber aparecido el terrible decreto de acusación, creyeronle todos inocente de los crímenes que en él se le imputaban, atribuyendo su causa a tramas urdidas por el favorito.

El príncipe de la Paz se vería convertido en la encarnación de todos los vicios, errores y culpas, propias y ajenas. Esta campaña dio tales frutos que no sólo provocó las algaradas antigodoyistas, principalmente de marzo de 1808, sino que convirtió al príncipe de la Paz, a los ojos de quienes protagonizaron muchos de los episodios de insurrección antinapoleónica, de mayo-junio de ese año, en el culpable de la agresión francesa.

El 25 de enero de 1808, don Fernando, y sus principales colaboradores, Infantado, San Carlos, Escoiquiz y los demás implicados quedaban finalmente absueltos, sin mayores contratiempos. La figura de Napoleón se había erigido, de manera definitiva, en la clave de cualquier acontecimiento del futuro político español. Pronto a Carlos IV no le quedaría más alternativa que evitar caer en manos del Emperador, retirándose a Andalucía o a América si fuera necesario. Una medida que debería ejecutarse discretamente para no despertar la reacción popular ante el abandono de la Corte. En pocas semanas Godoy, siguiendo el parecer del príncipe de Castel-Franco, convenció al Rey de la conveniencia de emprender el camino hacia el sur.

Sin embargo, repetir la maniobra llevada a cabo por la familia real portuguesa resultaba casi imposible. Madrid, a diferencia de Lisboa, se hallaba a cientos de kilómetros del mar. No estaba operativa ninguna flota capaz de efectuar el viaje y los ingleses, también en sentido opuesto al caso portugués, eran nuestros enemigos. Cualquier maniobra para asegurarnos la ayuda del gobierno de Londres requeriría un tiempo del que no se disponía, y de ser descubierta por los franceses (algo casi imposible de evitar) significaría la inmediata agresión napoleónica que, por todos los medios, se trataba de impedir. Aun con los problemas que la empresa planteaba, Carlos IV anunció, al fin, a sus ministros, a mediados de marzo de 1808, la salida hacia Sevilla.

Si hacemos caso, nuevamente, a Toreno, los rumores habían alertado al pueblo de Madrid, desde la salida de Godoy para Aranjuez, el 13 de ese mes. Tres días después, el Rey intentó aplacar los ánimos dando una proclama más, de las varias que venía publicando, para tranquilizar a la gente, pero su escrito no tuvo éxito, pues el odio popular señalaba a Godoy como responsable del temido viaje real. A pesar de las llamadas a la calma, la desconfianza de la población hacia el Gobierno no hizo sino aumentar. El partido «fernandino» estaba decidido a aprovechar la ocasión para asestar el golpe definitivo y alcanzar lo que no había logrado unos meses antes.

El infante don Antonio, el ministro Caballero y el conde de Montijo (el «Tío Pedro») movían los hilos de la conspiración, y algunos de los criados del primero, unidos a gentes venidas de diferentes puntos de la Mancha, y parte de la tropa llegada a Aranjuez, iban a ser la mano de obra del motín que, el 17 de marzo de 1808 inicialmente y, en la tarde del 19, después, llevarían a la abdicación de Carlos IV, a la proclamación de Fernando VII como rey y a la detención de Godoy.

El golpe de Estado con el que el príncipe de Asturias obligó a su padre a entregarle la Corona, en Aranjuez, en marzo de 1808, socavaba decisivamente los cimientos del antiguo orden. El providencialismo, que había servido de apoyo al poder, dejaba paso al motín organizado como trampolín para llegar al Trono. En la batalla entre Carlos IV y su hijo aparecería rápidamente el emperador francés, a manera de árbitro, tan solicitado como indeseable. Fernando VII, el nuevo rey, se dio prisa en confirmar a la mayoría de los miembros de los órganos fundamentales del poder. Igualmente, con la mayor celeridad, reincorporó a sus puestos a los consejeros, alcaldes y funcionarios desterrados en años anteriores por el príncipe de la Paz. El Consejo de Castilla, auténtica mano derecha de Fernando VII, salía reforzado con el cambio dinástico, y su presidente y coronel de Guardias Españolas, el duque del Infantado, se afianzaba como uno de los hombres principales de la nueva situación. La población de Madrid, al menos la que se manifestaba abiertamente, se echó a la calle e intentó aprovecharse de los bienes que pudiera conseguir en el tumulto desatado contra el caído Godoy, o mejor dicho, contra sus pertenencias y las de sus amigos.

Esta válvula de escape a la tensión acumulada se mantuvo durante los días siguientes. Pero las autoridades debían poner fin, cuanto antes, a los excesos que seguían cometándose, pues, aparte del peligro social que aquello entrañaba, las tropas francesas estaban a punto de entrar en Madrid. El 20 se tomaron las primeras disposiciones, procediéndose a la formación de rondas de vecinos para imponer el orden. El 21, ante la incapacidad de éstas para acabar con los atropellos, se establecieron patrullas militares con el mismo objeto que, poco a poco, terminaron con los actos de pillaje.

Sin embargo, el problema principal era otro y de más ardua solución. Casi sin tiempo de intentar calmar a sus súbditos, el nuevo rey hubo de buscar que Napoleón aceptase lo ocurrido en Aranjuez. No lo

tenía fácil, puesto que Carlos IV había enviado, el 21 de marzo de 1808, una carta al Emperador haciéndole saber que se había visto obligado a abdicar por la fuerza.

Un segundo tiempo: de Aranjuez a Bayona

Los sucesos de Aranjuez precipitaron la entrada de las fuerzas de Murat en la capital de España, y fueron acogidas con encontrados sentimientos: curiosidad, indiferencia, cierta prevención y algún desencuentro ante el porte de aquellas unidades. Al día siguiente de la llegada de las tropas del Emperador, efectuó su entrada en la corte Fernando VII. Ahora sí el entusiasmo popular fue enorme. No obstante, algunos soldados franceses promovieron ya los primeros incidentes y Murat no se presentó en Palacio a dar la bienvenida al monarca. La actitud del duque de Berg obedecía a las instrucciones del embajador Beauharnais, quien tampoco había felicitado a Fernando en Aranjuez. Para Napoleón y sus representantes, el nuevo rey era un ser abyecto, aunque, de momento, fingieron otra cosa.

Por entonces, Fernando VII seguía precisando el reconocimiento de Francia, y Bonaparte necesitaba mantener la calma de la población hasta completar su dominio de España para consumir el cambio de monarquía en beneficio propio. Napoleón, de momento, podía aparentar incluso una superioridad ética frente al padre y al hijo, quienes buscaban su auxilio en un pleito tejido de toda clase de indignidades. El éxito de su empresa parecía cuestión de poco tiempo, y sería más fácil en cuanto liquidase cualquier oposición, que sólo podría venir de Fernando VII. Para allanarse definitivamente el camino bastaría con separar al nuevo rey de sus apoyos: el pueblo (especialmente el de Madrid), y las instituciones civiles y militares que le eran fieles. Por eso el viaje que Napoleón había anunciado realizaría a España, aunque volvía a parecer inminente, no se llevaría a cabo. En Madrid se publicaron varias disposiciones de las autoridades fijando la venida del emperador para el día 24 o 25 o, lo más tarde, el 26 de marzo de 1808. Pero pasaban los días y la esperada llegada de Bonaparte no acababa de producirse. Murat mostraba una actitud distante con Fernando VII y las autoridades españolas. La conducta de Napoleón, aplazando una y otra vez su prometido viaje a Madrid, y la de sus delegados en la capital, en la que tampoco se atisbaban signos positivos para la causa fernandina, provocaron intranquilidad en la población y desconcierto en el Rey y en sus consejeros.